

MARZO 2014

ESCRITOS

LA ALEGRÍA DE SER MISIONERO

Escrito dominical, el 2 de marzo

Si es un don sentir la alegría de la fe, hoy quiero fijarme en la alegría de unos miembros de nuestra Iglesia: la alegría que tienen los misioneros. Y es que el domingo 2 de marzo, tan cerca este año del inicio de la Cuaresma, es el Día de Hispanoamérica. Es una Jornada de la Iglesia en España por razones obvias: las relaciones únicas de nuestras Diócesis con las hermanas de Hispanoamérica o América Latina; la acción evangelizadora en los siglos pasados y la realidad hoy de tantos misioneros españoles allá, hombres y mujeres, sacerdotes, religiosos y fieles laicos, que ofrecen sus personas y su servicio a aquellos hermanos. Que ofrecen sus servicios y su generosidad, pero que reciben tanto de ellos, que sus vidas se han transformado. Ahí radica su alegría profunda y su vida ejemplar.

Esta Iglesia de América Latina ha dado un Papa a la Iglesia universal: el Papa Francisco, todo un lujo para nuestra Iglesia Católica. Su andadura en este primer año como sucesor de Pedro nos ha llenado también a nosotros de alegría. Razón añadida para vivir el Día de Hispanoamérica con más intensidad, acción de gracias y oración profunda. Mis pensamientos se van, por ello, a todos nuestros misioneros toledanos, valientes y generosos en todo el Continente americano. Con algunos me encontré en enero pasado durante la reunión de sacerdotes seculares de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano Americana (OCSHA); religiosos y religiosas con una alegría y frescura de fe encomiables. Pienso también en esas dos Iglesias en las que trabajan sacerdotes y fieles laicos toledanos (Prelatura de Moyobamba y Diócesis de Lurín, en Lima).

Han pasado ya más de veinte años de presencia toledana en los inmensos arenales de Lurín; sacerdotes y laicos toledanos han trabajado con ahínco y generosidad, en parroquias y Seminario diocesano; pronto será inaugurado el nuevo Seminario que permitirá la formación de nuevos sacerdotes para esa Iglesia. Desde aquí hago un recuerdo emocionado y una oración por Antonio Garzón Acevedo, sacerdote misionero en Villa El Salvador muerto no hace muchos meses. La huella de su buen hacer, su entrega y sencillez es profunda, como pudieron también experimentar en el hospital de Parapléjicos de Toledo los enfermos y profesionales sanitarios de ese Centro. La Prelatura de Moyobamba celebra también en este año los diez de la llegada de los primeros misioneros de nuestra tierra, deseosos de ayudar al Obispo en tanta mies que recoger y tan pocos obreros para ello. Su actual Obispo, nuestro querido don Rafael Escudero, que fue de aquellos primeros sacerdotes, quiere celebrar con nosotros sus bodas de plata como presbítero en la próxima fiesta de san Juan de Ávila en el mes de mayo. Lo quiere hacer con sus compañeros. Le acogeremos y celebraremos con todo el cariño esa efemérides.

Bien merecería, especialmente por parte de los sacerdotes, seguir siendo generosos en la dedicación de parte de nuestra vida a quienes han dado tanto, pues no olvidemos que «La actividad misionera representa aún hoy en día el mayor desafío para la Iglesia, y la causa misionera debe ser la primer de la Iglesia». Son palabras del Papa Francisco, que cita a Juan Pablo II en su encíclica La misión del Redentor aparecida en 1991. Todos tenemos, pues, necesidad de renovar nuestra alegría de ser misioneros. «Nos pesa cargar con las fatigas y sufrimientos, no sólo propios, sino de las comunidades a las servimos... Es difícil ser testigos de la alegría cristiana en medio de tantas heridas físicas y espirituales que compartimos» (Mensaje de la Pontificia Comisión para América Latina 2014)”. Hemos de pedírselo con fuerza al Espíritu Santo, Señor y dador de vida.

EJERCICIOS DE CUARESMA (I)

**Escrito dominical, el 9 de marzo,
Primer domingo de Cuaresma**

Hermanos míos, empezamos el gran viaje de la Cuaresma, que culminará, tras celebrar un año más el Triduo Pascual, en Pentecostés. Es el tiempo litúrgico más importante de la Iglesia. La limosna, la oración, el ayuno, las grandes obras del tiempo cuaresmal son puestas de relieve por la Iglesia para la renovación pascual. Nuestro ayuno, sin embargo, tendrá hambre y tendrá

sed si no se nutre de bondad y de ternura, si no se sacia de misericordia. Nuestro ayuno tendrá frío, nuestro ayuno fallará, si la cabeza de la limosna no lo cubre, si el vestido de la compasión no lo envuelve.

En nuestra programación diocesana, nuestra Iglesia celebrará el día 8 de marzo en la tarde un vía crucis especial por las calles de Toledo y, terminado éste, tendrá lugar el sacramento del perdón, la penitencia con confesión individual en la Catedral. Queremos expresar de este modo nuestra petición de perdón a Dios nuestro Padre; también nuestra solidaridad en el pecado y el arrepentimiento, tras haber seguido a Cristo en su vía crucis, en su agonía, porque, mientras haya pecado, esta agonía perdurará hasta el fin del mundo, porque Él está presente en el que sufre, en el pobre y desalentado. Es el ejemplo de Jesús, su persona que nos ama lo que hace de nosotros penitentes y nos invita en nuestro camino personal y comunitario de conversión. Así nos lo dice el Papa Francisco en su Mensaje para esta Cuaresma, “Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriquecernos con su pobreza” (2Cor 8, 9). Son palabras que el Apóstol dirige a sus cristianos para invitarles a socorrer con su limosna a los cristianos de la Iglesia Madre de Jerusalén, que pasan una pobreza severa. “Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo”, afirma san Pablo de los cristianos de Corinto. ¿Conocemos nosotros esta gracia?

Se trata de imitar el estilo de Dios en Cristo: Él no se revela mediante el poder y la riqueza del mundo, sino mediante la debilidad y la pobreza; se acercó a cada uno de nosotros “vacándose” para ser semejante a nosotros. Es un deseo de proximidad, de generosidad, de darse. “La caridad, dice el Papa, el amor es compartir en todo la suerte del amado; porque el amor hace semejantes”. “Dios no hizo caer sobre nosotros la salvación desde lo alto, como la limosna de quien da parte de lo que para él es superfluo con aparente piedad filantrópica. ¡El amor de Cristo no es eso! Cuando Jesús entra en las aguas del Jordán y se hace bautizar por Juan el Bautista, no lo hace porque necesita penitencia, conversión; lo hace para estar en medio de la gente necesitada de perdón... y cargar con el peso de nuestros pecados”.

Parece paradójico que sea la pobreza de Jesús la que nos enriquezca. Pero es la lógica de Dios, la lógica de la Encarnación de Cristo. Ese es su modo de amarnos, como el buen samaritano. La pobreza de Cristo consiste, dice el Santo Padre, en que se hizo carne; también en su confianza ilimitada en Dios Padre. Él es rico como lo es un niño que se siente amado por sus padres y los ama. Este es el secreto de Jesús: El Padre os ama. Tal vez piense alguno que ahora nosotros podamos salvar al mundo con nuestros “adecuados” medios humanos, de manera que sutilmente pensemos que tenemos que cambiar de táctica y buscar una planificación mejor: económica, de organización. El Papa afirma rotundamente: “Dios sigue salvando a los hombres y salvando al mundo mediante la pobreza de Cristo, el cual se hace pobre en los Sacramentos, en la Palabra y en la Iglesia, que es un pueblo de pobres”.

El mensaje del Papa merece volver sobre él en otra ocasión en esta Cuaresma. Así lo haremos. Al iniciar, pues, este tiempo de preparación a la Pascua, no pensemos únicamente en hacer unos ejercicios piadosos necesarios (vía crucis, lectura de la pasión de Cristo, ayuno el miércoles de Ceniza o el Viernes Santo o abstinencia los viernes cuaresmales); pongamos nuestra mirada en Cristo que sufre en nuestros hermanos; en Cristo que es el modelo de cómo hemos de vivir este tiempo santo. Abramos nuestro corazón a la generosidad. Pidamos al Señor hambre de su Palabra, de su amor por el Padre y por la humanidad; vivamos la liturgia de la Iglesia, tan rica en este tiempo, como si fuera la primera vez; tengamos un tiempo mayor para la oración y la conversión en retiros, ejercicios espirituales, charlas cuaresmales; desechemos el pecado, en nuestro y el de todos los cristianos, con la confesión en el sacramento de la Penitencia. Sintamos que caminamos juntos hasta el monte de la Pascua, para llegar a gozar de la libertad y de la alegría de la fe.

POR SAN JOSÉ, DÍA DE SEMINARIO

Escrito dominical, el 16 de marzo

Esa era la llamada para comunicar a la comunidad católica la importancia de pedir la intercesión del Esposo de la Virgen María, Patrono de la Iglesia universal, de modo que el Señor nos diera muchas y buenas vocaciones, es decir, adolescentes y jóvenes que, al encontrarse con Cristo, sintieran la llamada del Señor a seguirle como sacerdotes. ¿Es algo hoy caído en desuso? En absoluto. Vocaciones/llamadas de Cristo a ser curas existen; seminarios también; también necesidades económicas pero, sobre todo, necesitamos sacrificios y oración al Señor por los seminaristas. Pero hay algo más en este asunto.

Soy vuestro Obispo. Agradezco sobremanera al Señor y a las comunidades cristianas que de vuestras familias hayan llegado al Seminario menor y mayor chavales y jóvenes ilusionados con ser sacerdotes. Pero me preocuparía que pensarais que ya no hay que ocuparse del tema del Seminario y de la buena formación de los seminaristas porque “en Toledo hay muchas vocaciones”. ¿Cuándo hay muchas vocaciones? ¿Cuándo el jefe de personal diga que ya no se necesita de más trabajadores? ¡Qué disparate! No se trata de hacer reclutamiento; queremos buenos seminaristas, buenos sacerdotes que sirvan a sus hermanos en la tarea intransferible por muchos buenos fieles laicos que hubiera.

La Iglesia, además, es universal. El católico que es ordenado sacerdote, entra a formar parte del “orden de los presbíteros” en una Diócesis concreta, pero sin olvidar que, a la vez, entra a formar parte del “orden de los sacerdotes” para toda la Iglesia universal. He vivido por cuarta vez en mi vida de Obispo, durante la visita “ad limina”, la mutua implicación que existe entre el Papa Francisco y cada Obispo diocesano; entre la Iglesia de Roma y las demás Iglesias. El Papa no es el “jefe”, ni el que detenta el poder supremo, como si habláramos de una multinacional. Él, obispo de Roma, como sucesor de san Pedro, forma parte de cada Iglesia particular o Diócesis. No me quita a mí la responsabilidad que tengo como Arzobispo de Toledo, sino que la agranda y le da sentido por su servicio a la Iglesia universal. La Iglesia no hace comunión como hacemos la recogida de la aceituna; la Iglesia es comunión.

Todo esto quiere decir que necesitamos como nunca un buen Seminario, exigente, cordial y capaz de entusiasmar desde Cristo a chavales y jóvenes en la tarea de llevar a cabo en su carne el misterio salvador de Cristo, con la celebración de la Eucaristía, el perdón de los pecados; pero también con la tarea de gobernar al estilo de Jesús a sus comunidades, poniéndose en marcha con el ejemplo de una vida entregada y urgiendo a sus hermanos a la evangelización, a la catequesis y formación en la fe, a vivir la caridad de Cristo, sobre todo con la dedicación a los más pobres, y contribuyendo a la paz y a la vivencia de las virtudes cristianas, que harán mejores ciudadanos, amantes de la sociedad en la que viven, en esta España nuestra. Y todo esto sin ser del mundo, sino de Cristo y su Espíritu, que trae la verdadera alegría. Sobran malos ejemplos, vidas sin atracción para los demás fieles cristianos; necesitamos más limpieza de intención, más vivir una vocación de seguimiento de Jesucristo hasta dar la vida, y más implicación evangelizadora y misionera. Nos urge conseguir la alegría de anunciar el Evangelio.

¿Pensáis que ésta es sólo tarea de los seminaristas? No. Somos un Pueblo, una Familia, un Cuerpo, el de Cristo: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años” (La alegría del Evangelio, 1).

Es muy importante este párrafo del Papa Francisco, dirigido a todos sin excepción. También a los que en estos momentos se están formando para ser sacerdotes de Jesucristo para el Pueblo de Dios. La formación de los seminaristas es todo un arte y necesita un clima de libertad y de no interferencia, aunque el Seminario debe respetar el origen de la vocación de cada seminarista. Todos deben ayudar al Rector y a los formadores para que haya un buen discernimiento de cada candidato. El Santo Padre nos aconsejó, en el encuentro que con él tuvimos obispos de Toledo y Extremadura, que fuéramos muy lúcidos en la formación de nuestros seminaristas. Insistió en 4 columnas en las que basar una buena preparación: vida según el Espíritu (vida espiritual); formación teológico-intelectual; aprendizaje para la vida y actividad pastoral futura; y un aprender a convivir con sus compañeros, esto es, una vida comunitaria que fortalezca la vida común, el trabajo con otros, y aprender a vivir relaciones con tanta gente en el futuro a partir de las buenas relaciones con sus compañeros, pues quien en el Seminario no aprende a contar con los demás, no lo hará una vez ordenado. Pedimos al Señor esta alegría de seguirle a Él y de anunciar su Evangelio. También os pido a vosotros, católicos de esta Archidiócesis, que oréis por los seminaristas de Seminario Mayor y del Menor, que sigáis con amor e interés todo su proceso de formación. Y que el Señor conceda a los sacerdotes que los preparan la gracia de ser testigos de Jesucristo para ellos. Gracias por cuanto hacéis y podéis hacer por los futuros sacerdotes.

EJERCICIOS DE CUARESMA (II)

Escrito dominical, el 30 de marzo

Al inicio de la Cuaresma citaba yo el Mensaje del Papa Francisco para este año 2014. Prometí

volver sobre este texto, ahora que ya avanzamos en el itinerario cuaresmal en el domingo III, en el que destaca esa larga conversación de Jesús con una mujer samaritana, pasaje increíblemente hermoso del evangelio de san Juan (cap. IV). Tengo muy reciente en mi memoria la visita “ad limina” y el encuentro con el Santo Padre, pues su presencia y sus palabras animan a ser discípulos del Señor mostrando la misericordia que nuestro mundo necesita. Vaya mi agradecimiento profundo al sucesor de Pedro por esta experiencia de comunión eclesial que ha significado esta visita a la Sede Apostólica.

Acabábamos el mensaje del Papa para la Cuaresma recordando cómo Dios sigue salvando a los hombres y salvando al mundo mediante la pobreza de Cristo. He ahí la razón de, a imitación de nuestro Maestro, los cristianos estemos llamados a mirar las miserias de los hermanos, a hacernos cargo de ellas y a realizar obras concretas a fin de aliviarlas. El Papa Francisco es eminentemente práctico realista y no necesita muchos rodeos para decirnos que tenemos que actuar, que no valen excusas. Por eso también llega a la gente, ya que se entiende su mensaje muy fácilmente.

Ciertamente no hay que confundir miseria con pobreza. La miseria es pobreza sin confianza, sin solidaridad, sin esperanza. Algo inadmisible, en ninguna de sus acepciones: bien sea miseria material, miseria moral o miseria espiritual, sobre todo esa situación o condición de pobreza que no es digna de la persona humana, privada de sus derechos fundamentales y de los bienes de primera necesidad como la comida, las condiciones higiénicas, el trabajo y la posibilidad de desarrollo y crecimiento cultural. Es lo que tenemos en tantas personas de nuestra sociedad. Los que formamos la Iglesia hemos de responder a estas necesidades y a curar estas heridas, reconociendo en los pobres y en los últimos el rostro de Cristo. Hay posibilidades de cambiar esta situación, hay bienes para todos, si nuestras conciencias se convierten a la justicia, a la fraternidad, a la sobriedad y al compartir.

También nos debe preocupar la miseria moral, que afecta tanto a la convivencia y en concreto a tantas familias. Es lógico, pues muchas familias viven angustiadas porque alguno de sus miembros – a menudo joven- tiene dependencia del alcohol, las drogas, el juego o la pornografía. Pero sobre todo es que las personas pierden el sentido de la vida y quedan privadas de perspectiva de futuro. Nos toca sin duda acoger a tantos que padecen estas situaciones y paliar el dolor de sus familiares, porque la miseria material lleva consigo esta miseria moral. El Papa dice que esta clase de miseria es causa también de ruina económica. Es la miseria espiritual, que nos golpea cuando nos alejamos de Dios y rechazamos su amor. ¡Cuántas veces sucede que, al considerar que no necesitamos de Dios, que nos tiende la mano en Cristo, caminamos al fracaso, pues no en vano Dios es el único que verdaderamente salva y libera!

Por eso mismo necesitamos creer los católicos que el Evangelio es el verdadero antídoto contra la miseria espiritual, que estamos hechos para la comunión y la vida eterna, que es precisamente lo que nos proporciona la fe en Jesucristo. “¡El Señor nos invita a anunciar con gozo este mensaje de misericordia y de esperanza! (...) Unidos a Él, podemos abrir con valentía nuevos caminos de evangelización y promoción humana”. Estas palabras del Papa nos dicen claramente que abrazar a Cristo en cada persona, conformarnos con Él, que se hizo pobre y nos enriqueció con su pobreza, es el horizonte que nos presenta esta Cuaresma. Cristo sostenga nuestros propósitos.